

La identidad como material histórico y narrativo: una propuesta biográfica para Germán Gamazo

Esther Calzada del Amo

Universidad de Valladolid

Fecha de aceptación definitiva: 20 de mayo de 2009

Resumen: El presente artículo es una reflexión sobre los fundamentos teóricos y metodológicos de la biografía histórica en consonancia con las últimas corrientes historiográficas. Aplica esos planteamientos a la figura de Germán Gamazo, destacado político y abogado de la Restauración, inexplicablemente carente de un estudio biográfico serio que profundice en aspectos decisivos de su época como su papel en las corrientes proteccionistas y regeneracionistas del fin de siglo o su parte de responsabilidad en la crisis del Partido Liberal. Supone una apuesta por conceptos de la historia sociocultural como la identidad y el valor narrativo de la historia.

Palabras clave: Germán Gamazo, biografía, identidad, historia sociocultural, Partido Liberal.

Abstract: This article is a reflection on the theoretical and methodological basis of historical biography, following the latest historiographical approaches. It applies these to Germán Gamazo, outstanding politician and lawyer of the restoration period. There inexplicably lacks an in depth biographical study explaining decisive aspects of his time, such as his role on the protectionist and Regenerationist movement at the end of the century. It aims to show the concepts of socio-cultural history including the identity and the narrative value of history.

Key words: Germán Gamazo, biography, identity, socio-cultural history, restoration period.

Germán Gamazo Calvo pertenece a ese grupo extraño de personajes históricos del que aparentemente cualquiera puede decir algo, pero que en realidad está sumido en desconocimiento salpicado de lugares comunes y de citas repetidas en un eterno retorno que remite a unas pocas fuentes iniciales. Si a esta circunstancia le añadimos la importancia decisiva que tuvo como político de primera fila en casi toda la etapa decimonónica de la Restauración y su valor como testigo privilegiado de los cambios económicos y sociales de ese tiempo desde su posición de abogado de prestigio, encontramos en Gamazo un vector ideal para el conocimiento de las últimas décadas del siglo XIX. Estos motivos serían más que suficientes para plantearse un estudio biográfico en torno a esta figura, pero además los silencios en torno a Gamazo plantean un panorama de sugerentes incógnitas: ¿por qué Antonio Maura y Santiago Alba como herederos del legado político de Gamazo lo eclipsan por completo?, ¿en qué medida contribuyó a la debilidad del Partido Liberal y por lo tanto a la del sistema?, ¿cómo se gestionaban las relaciones personales y políticas entre líderes políticos, entre Sagasta y Gamazo o Moret y Gamazo?, ¿cuál fue el capital económico de un individuo clave de la política restauracionista?, ¿hay una correspondencia entre la modernidad de un liberal y sus bases económicas?, ¿y entre sus bases económicas y sus conductas sociales?, ¿qué tiene su capital simbólico de arcaico y de moderno?, ¿bajo qué parámetros elabora su imagen de lo masculino, la familia, la proyección social? en definitiva, ¿qué imagen congela la cámara cuando iluminamos la figura de Germán Gamazo?. Sólo la biografía como género histórico tiene capacidad para ofrecernos ese retrato y con él una reflexión sobre la identidad, cómo se construye y se proyecta. Todo ello nos lleva a una apuesta, digamos moderada, por la historia sociocultural y sus referentes simbólicos a través de la biografía, y por la narración como hilo histórico discursivo en torno a la figura de Germán Gamazo que trataremos de presentar en estas páginas.

¿Es la biografía histórica un producto más de consumo o un género caduco?

Presentar una biografía con un planteamiento histórico serio requiere hoy, en los albores del siglo XXI, una justificación que a priori no se demanda a otro tipo de estudios históricos que parten con la ventaja de no considerarse oportunistas o carentes de rigor. Al contrario que otro tipo de trabajos históricos que parecen relegados cada vez más al reducto académico de los iniciados, la biografía histórica comparte género con la actual, la literaria, la autorizada, no autorizada, la de personajes curiosos, del mundo del espectáculo, oportunistas... que inevitablemente lastran de banalidad, o al menos de sospecha de «género divulgativo» al ya de por sí, rancio y vetusto género biográfico. Aun parece que la biografía es un género decimonónico, adecuado para loar vidas ejemplares o extraer algunos conocimientos históricos del contexto del biografiado. Hay una cierta deslegitimización intelectual cuando se habla de escritura biográfica, se la califica de

«género sospechoso», polvoriento, que sólo puede interesar a las personas de cierta edad habituadas a mirar hacia atrás en las vidas propias y ajenas. Nada más lejos de la realidad.

Tomando prestadas las palabras de Isabel Burdiel, probablemente una de las historiadoras españolas que más ha contribuido a renovar el género biográfico, la biografía no es un género de juventud sino de madurez, que fascina a todo aquel «que comienza a sentir que la vida va en serio»¹. Late en la biografía un deseo de encontrar sentido y orden a la vida propia, una búsqueda de respuesta a nuestra existencia como individuos, de entendimiento de nuestras circunstancias y decisiones. Subyace en esta concepción parte del desencanto del pensamiento posmoderno, al que no le basta el estudio científico y el culto a la razón para alcanzar el «conocimiento» de la vida. Busca el punto de contacto entre la razón y la vida, pero a través de operaciones intelectuales llevadas a cabo desde la reflexión en las vidas concretas, con toda su grandeza e incoherencia². Pero hay algo más, tiene que haber algo más para el lector de biografías que el consuelo determinista de unas vidas que leídas hacía atrás estaban destinadas a, llamadas a, impelidas a, o que por un golpe de suerte o de desgracia, el azar más impredecible las marcó en un sentido. Ni siquiera parece del todo convincente que la biografía transmita la tranquilidad de que por no creer en ninguno de esos condicionantes, nuestras vidas puedan tener aun muchas páginas en blanco.

En nuestro contexto actual de culminación del individualismo en un largo proceso que arranca de la Ilustración, el individuo consumidor también reclama personas concretas y no sujetos abstractos como objeto de atención. En medio de una sociedad de consumo en la que el individuo se diluye y diluye su identidad, sintiéndose obligado a forjarla entre los innumerables reclamos, el individuo-consumidor personaliza sus demandas y objetos de atención, y vuelve sus ojos hacia el relato de vida en una cantidad de formas y soportes desconocidos en el pasado (biografías, autobiografías, memorias, blogs, reality shows televisivos)³. La peripecia vital como un elemento de consumo más, legitimado quizás por la supuesta

¹ BURDIEL, Isabel: «El porqué de las biografías», *Babelia, El País* (19-8-2006).

² CABALLÉ, Ana: «Biografía y autobiografía: convergencias y divergencias entre ambos géneros», en J. C. Davis e I. Burdiel (eds.), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, Universidad de Valencia, 2005, p. 61.

³ Para profundizar en las relaciones entre individualismo y narcisismo social ver VERDÚ, Vicente: *Yo y tú, objetos de lujo. El personismo, la primera revolución cultural del siglo XXI*, Barcelona, Debate, 2005, pp. 130-138; MOUNIER, Emmanuel: *Le personnalisme*, París, PUF, 2001; A. GIDDENS también desarrolló una idea semejante sobre la individualidad en la sociedad finisecular, «el narcisismo social» y la muerte del espacio público, sobre el intento de escapar del «imperialismo del objeto social», *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995; DUMONT, Louis: *Ensayos sobre el individualismo. Una perspectiva antropológica sobre la ideología moderna*, Madrid, Alianza, 1987. En el fondo de todos ellos resuenan los ecos de Max Weber, para quien los fenómenos sociales no son sino la suma de comportamientos individuales.

veracidad de lo vivido. Cuando esa experiencia vital está además avalada por la historia, hay una «garantía» de autenticidad de la que carecen otros relatos de vidas. Lo que nos lleva a preguntarnos qué busca el lector de biografía histórica, ¿evasión, justificaciones personales? ¿y el historiador?

Para el historiador, tradicionalmente la memoria y los géneros vinculados a ella: autobiografías, memorias y biografías, han sido productos menores, cuando no opuestos al sentido ortodoxo de la historia. De ahí nace una cierta confrontación en el siglo XX entre una historia que como ciencia se atiene al ejercicio de lo racional y de sus propios parámetros para iniciados y algunos productos históricos como la biografía, que está hecha de narración frente a presentaciones abstractas y cuantitativas, de la medida de una vida frente a otros tiempos más amplios, del detalle como expresión de indicadores económicos y sociales, de la evocación como cauce y recurso expresivo⁴. Ante esta realidad al historiador le caben dos posturas: puede rechazarlo considerando que esa apelación a una vida desvirtúa la naturaleza científica de la historia o bien aceptar la demanda actual de la identidad y la memoria para transformarla en historia, para intentar acercar la disciplina fría y académica a la sociedad, para utilizarla como elemento de reflexión y desmitificación de las fuentes tradicionales, para ponerla, en definitiva, al servicio de la historia⁵. La biografía, al margen de modas, posee un gran potencial histórico que puede y debe enlazar con las últimas corrientes historiográficas, puede servirse del atractivo inicial de la experiencia individual, del poder de seducción del relato de la vida de los otros, pero sujeto a las pruebas, ahormado por la razón, contrastado por el análisis que ofrece la metodología científica de la historia y del resto de las ciencias sociales. Este planteamiento de la biografía nos lleva ineludiblemente a la siguiente cuestión: qué elementos conforman la identidad del sujeto a biografiar, cómo se construye y cómo se proyecta esa identidad.

La identidad y la historia sociocultural

El complejo concepto de identidad nos pone en la obligación de manejar categorías propias de la historia social y de la historia sociocultural. De la preeminencia

⁴ Una de las visiones más críticas de las relaciones entre historia y memoria es la que dieron Pierre Nora y Lucien Febvre en el marco de la Escuela de los Annales. En este sentido dirá Nora: «En el corazón de la historia trabaja un criticismo destructor de la memoria espontánea. La memoria siempre le es sospechosa a la historia, cuya auténtica misión es destruirla y refundarla. La historia es deslegitimación del pasado vivido...». La cita tomada de *«Les lieux de mémoire»*, PROST, Antoine: *Doce lecciones sobre historia*, Madrid, Cátedra, 2001, p. 296.

⁵ Aunque no es el tema que nos ocupa, no se puede dejar de mencionar al hablar de memoria e Historia, la relación que se establece entre ambas con la reivindicación de la memoria histórica surgida en relación a la Guerra Civil y la dictadura franquista. La memoria y su complementario, el olvido, son elementos fundamentales de la representación del pasado. Entre los autores que han entrado en este debate: JULIÁ, Santos: «Echar al olvido: memoria y amnistía en la transición a la democracia en España», en J. C. Davis e I. Burdiel (eds.), *El otro, el...*, op. cit., pp. 350 y 351.

de unas u otras se derivan dos interpretaciones distintas del término identidad: como un hecho eminentemente social, o como una realidad simbólica y cultural construida a partir de un discurso⁶.

Para la historia social clásica, los individuos derivan su identidad del lugar que ocupan en las relaciones sociales y es un elemento de naturaleza variable según las circunstancias. Hay una relación causal directa entre estructura social e identidad, por lo que al sujeto sólo le cabe el conjunto de intereses y de rasgos propios de su categoría social. La identidad es resultado de una acción consciente. Para la historia sociocultural la identidad está implícita en el referente social, pero se realiza en la esfera subjetiva o cultural. Las relaciones sociales se hacen explícitas en la esfera de las representaciones y las identidades constituyen una entidad simbólica. El ser social es entonces un ser percibido. La principal diferencia de la historia social con la historia sociocultural estriba en que mientras que para aquélla la posición predispone a los individuos a un comportamiento, para la historia sociocultural aunque los individuos tienden a un comportamiento por su posición social, existe un espacio de indeterminación, un margen de libertad sobre el que se crean las imágenes del individuo y las que el individuo tiene de los otros. Ello constituye la base de la identidad⁷.

Tanto una corriente como otra reconocen, en distinta medida, un importante componente social en la construcción de la identidad. El individuo, bien como resultado directo de la interacción con su entorno, o bien de las imágenes que éste le suscita y en las que se halla inmerso, se dota de intereses, aspiraciones, conceptos con los que aprehender su mundo, imágenes de sí que constituyen su identidad⁸. Si bien estas dos corrientes no se excluyen totalmente, al historiador se le impone una toma de postura ante ambas a la hora de definir al sujeto biografiado. Como desarrollaremos más adelante, sin despreciar los condicionamientos económicos y sociales de Gamazo en su conformación como sujeto (sus bases económicas y sociales son un punto de partida incuestionable en su trayectoria vital), ese componente socioeconómico en ningún caso determina su identidad que se construye a partir de las imágenes que Gamazo proyecta de sí, las que los demás reciben y en las que él se reconoce (o no) y las que fallidamente cree haber elaborado. Es un sujeto procedente de una clase media

⁶ En la interpretación de la identidad como hecho inevitablemente social, encontramos a BOLUFER, Mónica; en su interpretación sociocultural a Miguel Ángel CABRERA: *Lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001. Los historiadores socioculturales que consideran el lenguaje como espejo social y agente social están próximos a las teorías del lenguaje de Mijail Batjin.

⁷ CABRERA, Miguel Ángel: *Historia, Lenguaje...*, *op. cit.*, Madrid, Cátedra, 2001, pp. 90- 103.

⁸ DAVIS, J. Colín y BURDIEL, Isabel: *El otro, el...*, *op. cit.*, p. 42, habla también de la «socialización del yo», la identidad del individuo como producto del «compromiso negociado y renegociado pragmáticamente entre el yo y la circunstancia».

de la Castilla rural forjada al abrigo de las medidas liberales que permitieron el anclaje social en la modernidad de los viejos labradores convertidos en propietarios, los escribanos devenidos en notarios o los hijos de maestros que ascendidos a abogados alcanzan un acta de diputado como máxima expresión de lo que entendían por progreso social y político. Sin embargo, en seguida descubrimos que siendo todo eso cierto para Gamazo, ese componente social se queda pequeño para explicar a nuestro protagonista, porque a partir de sus decisiones, de eso que llamábamos «espacio de indeterminación» construye un personaje que en sus contradicciones no se explica sin ese juego de imágenes citado anteriormente. Es un sujeto a caballo entre dos siglos, entre un mundo arcaico de pervivencias antiguoregimentales y los atributos de la modernidad: católico, rendido a la familia extensa tal y como le transmitieron su mayores, fiel a la llamada de la tierra como único refugio seguro e incapaz de creer en aventuras financieras que lo lleven más allá de la usura, mientras encabeza los primeros puestos del Partido Liberal, flirtea con la Institución Libre de Enseñanza o el regeneracionismo, contrata institutrices anglosajonas para sus hijas, defiende con ardor militante los principios teóricos del derecho decimonónico más avanzado y se significa como defensor de las bases económicas y sociales de su tierra a través del proteccionismo. El mejor abogado de su época (según algunos) o el previsible sucesor de Sagasta (según otros) es sin duda fruto de su contexto, pero la comprensión de su figura y su tiempo nos obliga a ir más allá de las estructuras objetivadas que envuelven al sujeto y a entrar en el mundo de referentes simbólicos que nos plantea la historia sociocultural. Una tarea para la cual necesitamos definir con qué elementos debemos trabajar para afianzar teóricamente la biografía.

Los elementos de la identidad

Al acercarse a la identidad es necesario advertir que es un concepto sobre el que han proliferado los estudios en las últimas décadas del siglo XX, pero sobre el que no parece haber consenso en cuanto a su significado. Está muy relacionado con el atractivo que para la historia sociocultural tienen los conceptos de significación, representación, discurso y lenguaje desarrollados con ayuda de las teorías del lenguaje. La identidad es un término resbaladizo que, en palabras de E. Acton, ha generado toda una «industria» y no ha dejado de ejercer su encanto sobre el historiador contemporáneo. Siguiendo a este autor, podemos arriesgar tres significados de este concepto: sentido de pertenencia a un grupo, categorización por parte de los otros y comprensión de uno mismo⁹. Aquí nos vamos a referir a él en relación con los dos primeros, porque aunque la imagen que percibe el historiador del

⁹ ACTON, Edward: «La biografía y el estudio de la identidad», en J. C. Davis e I. Burdiel (eds.), *El otro, el... op. cit.*, p.184.

sujeto es la que se proyecta al exterior, procede de una construcción interior (que evidentemente no podemos conocer).

Partimos de la base social intrínseca existente en la identidad de la que tratábamos en el apartado anterior, es decir, que como ha defendido la historia social tradicional, la posición social del individuo ofrece un sustrato objetivo de condiciones para la conformación del sujeto. Pero admitimos que esa potencialidad material y objetiva interacciona con los elementos de autorreflexión del individuo, sus tradiciones culturales, y un cierto espacio de indeterminación y libertad sobre el que el individuo diseña y recrea sus representaciones de sí mismo y del mundo. Con todo ello el individuo deviene en sujeto y conforma su identidad.

Por tanto, el primer elemento de la identidad es la base social, la situación social en la que el individuo está inmerso. De esa situación emanan condiciones objetivas que inevitablemente trazan marcas de diferenciación: disponibilidad de recursos económicos, sexo del individuo, posibilidades de acceso al poder político, a determinados recursos culturales. Las condiciones sociales son fundamentales, un elemento primario en la conformación de la identidad, pero no el único, ni en un sentido excluyente. No podemos decir que sea la clase social la que se abre paso para hacer emerger la conciencia, ni que los intereses del individuo, sus acciones y sus creencias estén definidos a priori por la clase y que, por tanto, tengan una existencia al margen de él. Es la base social, con todos sus rasgos de diferenciación la que establece un diálogo e interacciona con el resto de elementos de la identidad.

Otro elemento definidor de la identidad del sujeto moderno es la autorreflexión. La capacidad del individuo de ser consciente de su individualidad y de su potencial para modelar su propia vida. En ese proceso de liberalización progresiva de los vínculos y solidaridades propios del Antiguo Régimen de carácter comunitario, corporativo y familiar (entendida la familia en su forma extensa), la comunidad como espacio referencial va perdiendo protagonismo. Es un largo camino iniciado en el Renacimiento y prolongado hasta la contemporaneidad. Sobre este aspecto, que ha sido uno de los pilares del pensamiento social desde Burckardt hasta Weber, caben matices. La consciencia de la individualidad, a la que sin duda también contribuyen las aportaciones de la psicología en el siglo XX, no excluye absolutamente lo social del individuo, del mismo modo que en las sociedades tradicionales los vínculos del Antiguo Régimen dejaban resquicios a formas de autoconciencia diferentes a las actuales.

Hacer autoconsciente al individuo supone dotarle de cierto grado de autonomía personal, de privacidad y de una concepción de la vida como un proceso dinámico en el que el individuo es un elemento activo. Todo ello tiene mucho que ver con la secularización de la cultura occidental y con el «empeño biográfico».

Lejos de un supuesto narcisismo, una vez que el hombre se piensa, y se piensa como potencial agente de su vida, siente la necesidad del relato de otras vidas.

En tercer lugar también consideramos la tradición cultural como constitutivo de la identidad. Hay unos valores y un patrimonio simbólico acumulado a través del cual los individuos aprehenden la realidad. Del encuentro entre tradición cultural y las nuevas situaciones sociales resulta el ajuste progresivo de la conciencia al nuevo contexto. El sujeto reconstruye constantemente las creencias, las normas sociales y los significados recibidos¹⁰. En este aspecto la historia ha sido deudora de teorías constructivistas del lenguaje, y de su influencia en el ámbito de la sociología. De manera que las historias de vida se convierten en un recurso para comprender las historias que la cultura cuenta sobre sí misma y cómo las historias de vida individuales están incrustadas en narrativas culturales¹¹.

Por último, y no por ello menos importante, nos queda el espacio de indeterminación y de libertad sobre el que el individuo construye su identidad. Es quizás el elemento más difícil de valorar y sobre el que recaen gran parte de los planteamientos reivindicativos del individualismo. Evidentemente si las vidas no son suplantables y si no es posible sustituir la trayectoria vital de un individuo por otra de su misma clase y entorno social, es porque existe la posibilidad de elección y de interpretación para el sujeto. Sólo por ello tiene sentido la biografía, pero fuera del supuesto teórico, en la práctica es un aspecto más escurridizo. Le haría falta al historiador conocer todos y cada uno de los condicionamientos del sujeto para poder determinar si cada elección de una vida lo fue como ejercicio de libertad, o sólo fue el resultado de unas circunstancias sociales no elegidas.

Una propuesta metodológica en torno a Germán Gamazo

Atraídos por «el encanto de la identidad», que decía Acton¹², la biografía se manifiesta como el medio con más posibilidades para entender al sujeto en toda su complejidad, pero también parece muy limitada en su alcance. La biografía se torna ineficaz si tiene que desenterrar un auténtico yo escondido detrás del sujeto externo, porque en esa negociación constante entre el yo y las circunstancias, el individuo se convierte en un elemento cambiante. Las evidencias que maneja la historia y lo limitado de sus fuentes, no parecen en principio un medio eficaz para conseguirlo, pero se pueden asumir las limitaciones de la biografía histórica (que siempre es reduccionista) y valorar su intento de acercarse a la identidad del sujeto.

¹⁰ CABRERA, Miguel Ángel: *Historia, Lenguaje...*, *op. cit.*, p. 29.

¹¹ DAVIS, Kathryn: «La biografía como metodología crítica», *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 30 (2003), p. 154.

¹² ACTON, Edward: «La biografía...», *op. cit.*, p. 183.

En este sentido hacemos nuestra propuesta de biografía a través de la figura de Germán Gamazo. Es una aproximación a la identidad del sujeto, en la que los elementos anteriormente descritos se combinan con un relato de base cronológica. Se trata de incorporar aspectos teóricos de la historia sociocultural, tales como las bases simbólicas del poder o el análisis de las posibilidades de acción de Gamazo en sus coordenadas sociales. El recurso narrativo sirve de disolvente de conceptos que pueden entrañar cierta aridez y de amalgama en las lagunas que pudiera presentar la narración por las carencias de las fuentes.

Recordamos que el sustrato de la identidad es la base social. Ello nos lleva a definir a Gamazo como burgués en sus relaciones con la familia, con Boecillo (sus orígenes geográficos), con el Partido Liberal, con la abogacía, con los amigos políticos, con deudos y conocidos. De cada uno de esos niveles de relación Gamazo elabora su lectura, su imagen de lo que debe ser y recibe la que se tiene de él. Esos ámbitos conforman las coordenadas de realidad sobre las que nuestro personaje deberá «negociar» sus decisiones y en las que se inscriben las bases simbólicas de su poder. No asienta sus parcelas de poder sobre una mera proyección de propiedades sociales y económicas, sino que juega con la representación de las mismas. Hay una apropiación simbólica de las cualidades objetivas. Esto es fundamental, porque su lectura fallida tiene mucho que ver con el final de sus aspiraciones políticas, o dicho en otras palabras, Gamazo jugó a magnificar su imagen al final de su vida por encima de sus posibilidades políticas reales y fracasó.

Ahí entramos en las arenas movedizas de la autoconsciencia. Es evidentemente una osadía hablar de lo que Gamazo creía respecto a sí, que sólo podemos justificar con las reflexiones que puntualmente hizo sobre la política, sobre su concepción del trabajo, sobre la familia.

Además de la base social y del desarrollo de la autoconsciencia, actúa sobre su identidad la tradición cultural heredada. En Gamazo el patrimonio simbólico de sus antepasados ejerce un gran peso. En algunos de sus comportamientos se puede seguir el rastro de patrones mentales que miran al pasado más que al futuro, eso que J. Caro Baroja llamó «arcaísmo individual»¹³. Un análisis exhaustivo de las bases económicas de su poder y de cómo se conforman no deja lugar a dudas; la mirada al ámbito privado del hogar y el uso de elementos de representación social, confirman esta teoría. Cuando las fricciones entre cultura política heredera del periodo isabelino y los primeros intentos de regeneración y movilización se resuelvan a favor de éstos, la estrella política de Gamazo se apagará.

¹³ CARO BAROJA, Julio: *Género biográfico y conocimiento antropológico*, Discurso de recepción de la RAE, Madrid, 1986, pp. 29-31. Para Caro Baroja el arcaísmo individual suele coincidir con una inserción fallida en el presente. No parece ser el caso de Gamazo a nivel general en su vida, pero en ocasiones representa el choque entre la cultura política de origen isabelino y los intentos de modernización de finales de siglo.

¿Qué ámbito de libertad, qué espacio de indeterminación le queda a Gamazo para actuar?, ¿en qué momentos decisivos elige entre sus posibilidades las actuaciones que marcarán su trayectoria? No es fácil ver cuándo la «coacción estructural» marca sus acciones, pero intentarlo puede ser ilustrativo. Tomemos algunos ejemplos: Baraja la posibilidad de estudiar literatura y dedicarse a la docencia; puede volver a Valladolid al finalizar los estudios y decide quedarse en Madrid; aunque en principio los consejos para dedicarse a la abogacía no le son favorables, persiste en su empeño; elige esposa en dos ocasiones; elige estar al lado de Alonso Martínez y de Sagasta; decide enarbolar la bandera proteccionista frente a la política económica liberal de su partido; y apuesta por la disidencia política cuando cree que las circunstancias le son propicias. Éstas son sólo algunas de las decisiones que fueron trazando su trayectoria. No podemos creer que la respuesta estuviera decidida de antemano, ya que bajo esas condiciones, al menos en algunos casos cabían otras soluciones. No se trata de hacer historia contrafactual, sino de establecer las premisas de posibilidad, porque ello limita el espacio de libertad sobre el que actuó Gamazo.

Hay una realidad que genera diversas formas de experiencia. Por ejemplo, Germán Gamazo y su hermano Trifino proceden del mismo entorno social, familiar, económico y cultural, pero a pesar de la acción introductoria en la vida política que podía ejercer Germán como hermano mayor, no «apadrina» a su hermano sino a Antonio Maura. En su actividad profesional como abogado, son mayores sus relaciones con Maura (ya cuñado) que con su hermano. Se puede argumentar que las capacidades de Trifino no eran las de Maura, pero hay algunas pruebas que permiten dudar de ello y, por lo tanto, del determinismo social. De ahí el interés por intentar desentrañar las negociaciones de Gamazo con su realidad. Gamazo como sujeto se desarrolla a través de su experiencia y de la articulación e interpretación de esa experiencia.

Para todo ello contamos con unas fuentes limitadas. Ya hemos dicho que no se ha conservado un archivo familiar ni un volumen importante de documentación directa sobre nuestro personaje, lo que constituye un reto añadido. Como suele ocurrir frecuentemente en historia, nuestro resultado está condicionado por las fuentes, no por la selección previa que se haya hecho de las mismas, sino por la limitada disponibilidad de la información directa sobre el biografado.

Un primer nivel de fuentes está compuesto por correspondencia emitida por Gamazo, de carácter eminentemente político, pero de la que se puede deducir otro tipo de informaciones. Es la correspondencia con Santiago Alba (en los últimos años de su vida) y con Víctor Balaguer (interesante por lo que este político significaba para Cataluña). Muy importante, en cuanto a volumen, es la comprendida en el archivo de Antonio Maura, donde hay correspondencia con los seguidores de la facción política encabezada por Gamazo y más tarde por Maura.

La correspondencia familiar es más escasa, pero un volumen interesante de cartas permite ver la figura de Gamazo a través del filtro de su cuñado en los momentos de enfermedad, cuando le sirve de conexión con el entorno político. Mención aparte merece la correspondencia de algunos políticos con los que, sin tener buena relación, aparece Gamazo como imagen construida por los otros y en una realidad diferente a la relatada por él. Es el epistolario del Marqués de la Vega de Armijo y Natalio Rivas.

Un segundo nivel de fuentes es la prensa. Interpretada como el órgano propagandístico imprescindible para las facciones políticas, podemos establecer diferencias en ella. *El Eco de Castilla* y *El Español* fueron los dos periódicos que sirvieron a Gamazo de difusión y propaganda de sus ideas. *El Norte de Castilla* también sirvió en algún momento de apoyo regional, aunque en menor medida y esa no fuera esa su razón de ser. Más comedido y presente en momentos puntuales, le fue favorable en sus opiniones. La prensa de carácter nacional, jugó en función de su orientación política, *El Imparcial*, *La Época*, *El Socialista*, también son fuentes de referencia. Otros periódicos ofrecen visiones alternativas: *El Heraldo de Madrid*, *El Nacional*, *Madrid Cómico*.

El tercer nivel de fuentes lo constituyen aquellas que hacen referencia a la realidad normativa. Son en apariencia frías, menos sujetas a la interpretación, pero esconden un gran potencial. En un mundo de afianzamiento del Estado liberal, dominado por una red legislativa que sirve de medio de relación del individuo y la comunidad con el poder central, la sacralización de la ley, de sus profesionales y de todo aquello que está impregnado por lo normativo, hace que sea un ámbito susceptible de justificación, de manipulación y de instrumentalización. Lo que se dice en los discursos del Congreso de los Diputados que será difundido por la prensa afín o publicado como opúsculo propagandístico en las intervenciones importantes. Las gestiones económicas, familiares, políticas, profesionales, que bajo la rúbrica del notario se sancionan adquiriendo legitimidad. El rastro de los protocolos notariales desvela el palpitar de ambiciosas transacciones maquilladas convenientemente para disimular prácticas usureras, la cuidada selección de clientes que pueda aportar prestigio y capital simbólico al ejercicio de la abogacía, la irresistible atracción por lo nobiliario como fuente de enriquecimiento y de prestigio, el escaso gusto por el riesgo, la búsqueda de la confortable seguridad bajo el amparo de la ley... La misma ley que no se dudará en sortear si así conviene en el ámbito judicial. El paso por la documentación de los archivos de las antiguas Audiencias Territoriales de Burgos y Valladolid desvela más por sus secretos que por sus evidencias. Expedientes presentes y ausentes demuestran que, como decía Ginzburg, los silencios pueden ser más elocuentes que las palabras.

En contraste con la distancia inicial de este tipo de documentación, se sitúa la cercanía de la imagen, la magia de la fotografía. Hemos rastreado por todos

aquellos espacios por los que pasó Gamazo en busca de su imagen real: los actos a los que acudió, los organismos o instituciones donde desarrolló un papel relevante, el entorno familiar, las calles que pisó, las casas donde vivió y el lugar que escogió para perpetuar su memoria después de muerto. Las múltiples combinaciones del azar y de los caminos seguidos, han querido que se combinen algunas de estas imágenes, de los espacios y de las personas para componer un fresco iconográfico siempre incompleto, pero profundamente elocuente de la imagen deseada y proyectada, de la autoconciencia, en definitiva de los ámbitos más escurridizos de la identidad.

Puestos a pedir, nos hubiera gustado contar con suculenta documentación de primera mano donde hubieran quedado recogidas opiniones, vivencias en primera persona, retratos de interior y paisajes personalizados de Gamazo y su mundo, pero la realidad se impone y sólo excepcionalmente hemos tenido acceso a algo semejante. El tiempo y su celo lo han querido así. Al margen de las habituales pérdidas por la Guerra Civil y la desidia, Gamazo fue ante todo un hombre cauto y prudente en todos los órdenes de su vida, lo que hoy calificarían algunos como «animal político», extremadamente hábil en el manejo de resortes oficiales y extraoficiales, y conocedor del peso de la palabra escrita. Practicó un hábito bastante frecuente en la época, consistente en sustraer aquellos documentos generados por él o relacionados con su práctica política, entendiendo que le pertenecían como tales. De ahí que, siguiendo los otros caminos que dejan los silencios, en ocasiones haya que rastrear al personaje en círculos concéntricos, sobre temas aparentemente paralelos a lo que podría ser una biografía, pero que no son más que un camino alternativo. Más bien son un intento de suplir con los actos, los vacíos que dejó Gamazo con las palabras.

Algunos apuntes para la biografía de Gamazo

Teniendo en cuenta todo lo anterior, adelantamos aquí algunas conclusiones que desarrollamos extensamente en la tesis que sobre este tema hemos elaborado. Partimos de tres puntos de observación del biografiado y el contexto complementarios: la visión externa, la interna, y la transferida a nuestro presente.

La primera de ellas, la visión externa, es la que plantea la observación de Germán Gamazo desde su mundo, con lo que tiene de construcción su personaje. Representa el punto de vista más «objetivo», entendido el adjetivo en sus dos sentidos de literalidad: por cuanto Gamazo se convierte en objeto de estudio y porque eso se hace bajo la intención, imposible de conseguir totalmente, de contemplarlo desapasionadamente. Es necesario hacer un repaso cronológico de su vida sobre el que se van insertando sus hitos vitales, sus vivencias y acciones más significativas, integrándolas en el marco contextual que les da sentido y sin el que quedarían como meras anécdotas. La estructura cronológica lejos de

ser una solución convencional en una biografía, entendemos que es fundamental como punto de partida, porque si el tiempo y su discurrir es la materia prima de la propia historia, aún lo es más de la vida individual. Es imposible entender una peripecia vital sin los condicionamientos del pasado personal desde el nacimiento a la muerte, pasando por las distintas etapas de una vida, pues cada toma de decisión y cada elemento de condición se sitúan bajo el peso del bagaje histórico personal y colectivo. Sólo inmersos en esa cadena de tiempo, adquiere sentido la experiencia estudiantil de Gamazo, la del Sexenio, el desarrollo de su brillante carrera como abogado, la gestión de las distintas carteras ministeriales que ocupa, su papel en el Partido Liberal, el uso de resortes de poder tales como la política local o la prensa, su posicionamiento respecto a corpus ideológicos fundamentales de su tiempo como el krausismo, el proteccionismo o el regeneracionismo, y la culminación de su protagonismo político en la experiencia fallida de la disidencia.

Buscando unas rápidas pinceladas que lo definan en este orden, podemos decir que fue un estudiante inicialmente aplicado, notablemente vocacional hacia las letras, y tardíamente brillante en su formación en el ámbito del derecho. Ajeno a la experiencia revolucionaria del Sexenio, más por priorización de objetivos que por falta de identificación ideológica (aunque también) en un hombre de tendencias predominantemente conservadoras. Destacó en el ejercicio de la abogacía ya desde joven, al calor de los bufetes más notables de su época, lo que le permitió la progresiva selección de una cartera de clientes que le introducirán en lo más exclusivo de la sociedad de su época y también en lo más decadente, entendiendo por tal el sector menos activo de la vieja aristocracia y más anclado en mundos gratuitos de ostentosa representación social y deficiente gestión económica que los llevará a la ruina. En ese ocaso económico se encuentran con Gamazo, que hace de ellos su principal clientela en las actividades de préstamo. Duques, marqueses y condes venidos a menos —sin que falte un clásico como Osuna— serán el principal medio de adquisición de grandes fincas en las que reinvierte los beneficios obtenidos en el bufete.

De forma paralela y en ocasiones probablemente tangencial, fija su posición en el Partido Liberal, llegando a representar la cabeza visible de la derecha en él. Eso vincula su posición a la instrumentalización del proteccionismo desde los ochenta y a la defensa de un catolicismo militante frente a las grandes polémicas religiosas de su tiempo (auge de los movimientos obreros de raíz socialista, matrimonio de la princesa de Asturias, posibilidades de laicización de la sociedad, opciones políticas del catolicismo, etc.). En la gestión política, fue polémico en aquellos ministerios que ocupó, descartando los nombramientos transitorios: el empréstito a Cuba y el fin definitivo de las últimas formas de esclavitud encubiertas desde Ultramar, los presupuestos de 1893, el intento de reformas en el

Ministerio de Hacienda y las transformaciones educativas del 98 sobre la base de su anterior gestión en Fomento, pueden considerarse (al margen de sus resultados) como la parte más activa y destacada de sus ministerios. En el capítulo de las grandes polémicas teñidas de sospechas de corrupción, cabe destacar el contrato firmado bajo su intervención directa del Estado con la Compañía Trasatlántica del marqués de Comillas, que dejaba a la compañía del marqués bajo unas insólitas condiciones económicas de beneficio frente a los perjuicios del Estado, así como las acusaciones de plagio, nepotismo e intervención interesada que acompañaron a sus últimas reformas educativas.

Omnipresente en la diputación vallisoletana durante cerca de veinte años, en la mayoría de los ayuntamientos de esta provincia, y en otros muchos de la región castellana y aún de puntos dispersos de la geografía española en Extremadura, Castilla la Nueva, Andalucía, Cataluña, Valencia y Baleares, crea una de las redes clientelares más numerosas y eficaces del momento, que se transformará a comienzos de siglo bajo la dirección de Maura. Regeneracionista de palabra obligado por los tiempos al final de su vida, desarrolló una concepción de la política adaptada plenamente al diseño canovista de la Restauración con su difícil compaginación de teoría y práctica del sistema. Gamazo manejó con gran habilidad la práctica, y jugó en beneficio del sistema con la teoría a través de sus contribuciones a la redacción de la constitución desde la Comisión de Notables, la elaboración del Código Civil, y algunos de sus discursos parlamentarios mejor contruidos, que no dejaban de ser arbotantes del sistema que lo embellecían y al mismo tiempo denunciaban su fragilidad.

Girando el prisma, y situándonos en un punto de vista subjetivo, observamos el mundo de Gamazo desde el sujeto, desde su concepción de la vida y de su entorno, sin despreciar sentimientos ni ideas personales. Este enfoque pretende ser una inmersión en los aspectos menos evidentes y más internos de la forma de pensar y de ver el mundo de nuestro protagonista. Es un viaje a las bases económicas y sociales de su identidad, entendiendo por éstas el conjunto de circunstancias vitales más importantes y analizando en ellos los resquicios de indeterminación y de libertad. Es una propuesta que va más allá del repaso a un contexto económico y social, y que tiene por objeto descubrir los condicionamientos menos visibles del sujeto, lo que nos ofrece al mismo tiempo una lectura de su mundo desde el personaje. Esta proposición que puede resultar arriesgada, cuenta con el apoyo en el grupo de fuentes más sólido del trabajo que son los protocolos notariales. Estos documentos nos han permitido seguir un rastro de decisiones personales y familiares que por su volumen, fiabilidad y exhaustividad, constituyen un material de primer orden para acercarse a la esfera más inasible del sujeto. No menos interesante resulta el uso de la fotografía y el aprovechamiento de las posibilidades de la iconografía para indagar en la elaboración de la imagen propia y

su proyección. Su utilización en relación a los aspectos sociales y la vivencia de lo burgués puede ser muy sugerente, a pesar de que no contemos con un álbum familiar, entendido a la manera decimonónica que hacía de aquél una especie de diario visual de su propietario.

La observación de las bases económicas y sociales de Gamazo nos habla de un patrimonio familiar que permite su formación como abogado gracias a la acumulación, que es significativa en la generación anterior de los padres. La inmediatez de la progresión socioeconómica de los Gamazo hace que Germán sea consciente del valor de los estudios y de la transmisión por parte de su padre de los beneficios de la promoción social. Éste es uno de los ámbitos en los que queda más patente la confrontación en Germán Gamazo de rasgos de pensamiento arcaicos junto con otros de plena modernidad. Sobre los primeros cabe destacar la exclusividad de inversión en la tierra como seguro del capital y como elemento de prestigio social, la vinculación a las tradicionales actividades de préstamo individual con hipoteca, el uso de fórmulas en dicha actividad que esconden prácticas tradicionales de carácter usurero como el pacto de retro-venta, y la primacía de la extensión de las fincas sobre los usos y aprovechamientos de carácter moderno. En cuanto a los segundos, los rasgos de modernidad en la actividad económica de Gamazo, no hay que olvidar la dedicación a la abogacía como primera fuente de ingresos, es decir que la actividad económica que lo define es la práctica de una profesión liberal, que utiliza fórmulas eficaces de reinversión, que el resultado de su actividad económica al final de su vida es positivo y con elevadas cifras de beneficios, y que al menos nominalmente, las actividades financieras lo sitúan en el grupo de los inversores más activos de su época.

Detrás de esta actividad económica y política, Gamazo aparece como un hombre burgués, con todo lo que eso significaba en las últimas décadas del siglo XIX. Sujeto en la concepción de la familia más a patrones heredados que a conceptos reductores de la familia nuclear. Hay aún en Gamazo una idea de la familia en su sentido extenso, donde tíos, primos y todas las ramificaciones de esa familia extensa están más o menos presentes. De hecho su propia historia familiar hace que tenga una relación con sus hermanos muy estrecha que se extiende a los sobrinos y que refuerza los lazos entre primos. Por otro lado, el carácter del segundo matrimonio con Regina (que era su hermana política) contribuye a que los nexos más difusos con la familia de su primera mujer se consoliden, ampliando la categoría de familia a miembros que en una concepción más moderna se hubieran perdido, como los tíos de su primera esposa. En ese sentido las extensas redes de solidaridad familiar que crea este entramado son un apoyo más al concepto de clientela y hacen necesaria una explicación complementaria que se ofrece en los árboles genealógicos del apéndice. Otro aspecto muy interesante es la cuestión de la elección de los nombres, existiendo apelativos emblemáticos en

la familia que se suceden a lo largo de las generaciones, lo que sumado a las combinaciones endogámicas de apellidos crean nomenclaturas confusas y curiosas. Encontramos varios «Germanes», que invocan sin duda la figura de su tío, el miembro más excelso de la familia Gamazo: Germán Gamazo García de los Ríos (hijo de Trifino), Germán Valentín Gamazo (hijo de Emilia Gamazo), Germán de la Mora Abarca (hijastro y sobrino de nuestro personaje); una «Reginita» (de la Mora Maura) que recuerda a su abuela y otra M^a Regina de Hazas y Abarca que recuerda a su tía; y lo mismo ocurre con las «Constancias» en las descendientes de Maura, las «Estefanías», las «Adelaidas», o los «Honorios» que en varias generaciones evocan la prematura muerte del hermano de Germán y Trifino Gamazo. Son fórmulas a favor de reglas de transmisión familiar de virtudes hereditarias, y por qué no, de fe en recursos de protección mediante la apelación que contradicen los nuevos caminos de la identidad individual a través del nombre como distintivo que huye de la confusión y la homonimia arcaicas.

Gamazo es hombre bajo los papeles de esposo, padre y cabeza de un clan que tiene su contrapartida en las figuras femeninas de la esposa y la madre. Esa masculinidad le impone cualidades como el sentido del honor, la acción, el valor del trabajo o la protección a lo femenino bajo fórmulas de dominio que son plenamente coherentes con el contexto cultural de la época. La afición por la caza, la defensa de los ámbitos de honor a través de los tribunales, las manifestaciones de una religiosidad externa y militante alejadas de la sentimentalización de las prácticas femeninas, son algunos de los rasgos de la masculinidad burguesa en Gamazo. El reflejo externo de las vivencias de lo burgués como categoría social está presente en el hogar, el ocio y el ritual de la muerte. Ostentación con medida, gustos no muy elaborados y seguimiento de usos sociales habituales, presidieron su vida y se descabalaron a su muerte. Quizás como un rasgo más de esas contradicciones que nos ponen de manifiesto, una vez más, la parte más interesante de Gamazo como personaje paradójico a medio camino entre el arcaísmo conservador y la modernidad liberal en el difícil encaje entre dos siglos.

El tercer giro en el punto de observación introduce el presente en el análisis de nuestro personaje desde dos puntos de vista: directamente con la asimilación de Gamazo al liderazgo, que es una categoría utilizada por la ciencia política para contextos democráticos o dictatoriales pero en todo caso actuales, lo que supone transportar un elemento conceptual del presente al pasado; indirectamente, al observar a nuestro yo individual y colectivo desde el personaje y su tiempo en una acción formalmente ausente e inevitablemente omitida, pero presente en lo estructural y que subyace en todo el relato. Desde la secuenciación de la vida de Gamazo a los interrogantes sobre los elementos de su identidad, son cuestiones que antes de aplicarlas a Gamazo se plantean de forma genérica para un sujeto que también es el sujeto de nuestro tiempo y somos nosotros en definitiva.

Gamazo pertenece al embrión de la sociedad de masas, mantiene pervivencias del Antiguo Régimen que coexisten con las contradicciones del Estado liberal, asiste a las primeras manifestaciones de lo individual, y es protagonista de la creación de un yo elitista, (sobreactuado en tiempos previos a la masificación del yo), en una sociedad que aún tantea la fuerza de la prensa como medio de comunicación masivo. Este sujeto dista aparentemente del de nuestra sociedad de consumo globalizada, cuyas pervivencias son de referente decimonónico, que vive en un Estado democrático con déficits, y está marcado por la crisis del individuo que busca formas de reafirmar su identidad en un medio dominado por las múltiples posibilidades de las comunicaciones y de la información. Estas diferencias no son más que distintas respuestas a las mismas preguntas, las que ineludiblemente nos hacemos a nosotros cuando preguntamos a Gamazo, de algún modo la cara y la cruz de la identidad contemporánea. Ahí radica el sentido de la biografía histórica, que como en la mejor ficción, pone de manifiesto que los personajes reales nunca son planos, sólo tan confusos y contradictorios como el hombre actual.

Desde este planteamiento metodológico, establecemos un diálogo con distintas disciplinas, reivindicando el eclecticismo aún a riesgo de perder profundidad, pero creyendo que se puede ganar en amplitud de análisis. De ese diálogo surge la historia entendida también como sustancia literaria, como objeto de narración, como materia de relato fuera de la relación tradicional que han mantenido estas dos áreas a través de la novela histórica. Como objeto de observación a través de la iconografía, que ofrece una historia hecha con imágenes, dibujada y fotografiada. Esta historia cercana, no va en demérito de la cuantificación cuando es necesaria, ni de la categorización y los intentos de teorización desde la ciencia política o sociológica cuando es preciso. También se apela a aquellas disciplinas que de alguna manera se cruzan como auxiliares de la Historia para la comprensión de la vida de Gamazo: la cronificación de la enfermedad al final de sus días nos remite a la historia de la medicina con sus diagnósticos y tratamientos finiseculares, su calidad como jurista nos conduce a la historia del Derecho para comprender el alcance de su labor codificadora, su aportación a la modernización de la enseñanza en un momento clave nos lleva de la mano a la historia de la educación, y la utilización del proteccionismo como eje de su pensamiento político, así como su tarea al frente del ministerio de Hacienda nos hace inexcusable la apelación a la historia económica. Todos estos instrumentos nos han servido para componer un perfil de ese individuo llamado Germán Gamazo Calvo que vivió en la segunda mitad del siglo XIX.

Gamazo fue uno de los abogados más prestigiosos de su época, que contó entre sus clientes además de con industriales, jueces, ayuntamientos, obispos, deanes y viudas, a la propia familia real, marqueses, duques, alguna vizcondesa y un amplio muestrario de títulos nobiliarios. Burgués en sus signos y sus formas,

mantuvo durante toda su vida algo del hombre de Boecillo acostumbrado a pisar por rastrojos, que persigue la presa hasta darle caza y valora cada perdiz como un triunfo personal. En esa tierra están sus raíces, su bisabuelo Benito y su padre Timoteo. De ellos guarda memoria, y le recuerdan el valor del trabajo, el mérito de ser el primer miembro de la familia que accede a la universidad, el primer abogado, el primero que da el salto de la reducida política local a la cima de la política nacional. Gracias a su capacidad para crear contactos y a su indiscutible valía profesional que demuestra desde muy joven, entró en la carrera política por la puerta grande, sin pasar de meritorio por ayuntamiento ni diputación, siendo su primer puesto el de diputado a Cortes de un distrito que se consolida como propio. Crea su propia red clientelar que extiende por diversos puntos de la geografía española y llega a convertirse en el sucesor de Alonso Martínez al frente de la facción de la derecha liberal. Un líder indiscutible para el partido y un problema constante para Sagasta, al que con una tenacidad al borde de la testarudez, va arañando parcelas de poder, ministerios menores, de transición, hasta llegar al de Hacienda en 1892 que es la llave del gobierno. Se convierte en la esperanza de católicos, harineros y trigueros, para los que sin duda consigue logros importantes, pero a los que no termina de conducir al éxito: no encabeza una opción política regeneradora como deseaba el arzobispo Cascajares y se apea de la Liga Agraria antes de que los discursos exaltados se materialicen en una demanda seria al gobierno. Quizás por exceso de reflexión e indecisión, por cautela, o probablemente por temor a abandonar las coordenadas del sistema que dominaba perfectamente por otras todavía imprecisas. Aún en nombre de la Iglesia o de las sufridas clases productoras, la regeneración no parecía lugar seguro para abandonar el refugio de los partidos del turno.

Sin duda podía permitirse rechazar ofertas de Cascajares, de Sagasta y hasta de la Regente, porque en su construcción de vida había conformado un importante aparato de influencias que lo convertía en un hombre poderoso. No gozaba Gamazo de lo que podríamos llamar «don de gentes» y estaba lejos de ser el encantador de serpientes que era Sagasta, pero tenía una extraordinaria habilidad para las relaciones sociales, para saber con quién, cómo debían establecerse y sobre qué bases, y ello sin prodigarse en actos sociales o lúdicos. Forjada su estructura de razonamiento y análisis en el derecho, y dotado de capacidad analítica, manejaba muy bien los mecanismos prácticos del sistema y después jugaba con los teóricos. Hombre inteligente, trabajador, constante y de gran voluntad, careció de la chispa de ingenio e imaginación necesaria para llegar a ser brillante, pero su habilidad con la palabra lo suplía en gran parte. Cautó y prudente en sus movimientos, se sirvió de la reflexión como principal apoyo en la vida política, si bien al final de su vida, un comprensible fallo de cálculo llevó su apuesta por la disidencia al fracaso.

El esposo de Irene y Regina, padre de Juan Antonio y cuñado de Antonio Maura fue también un hombre leal, entendiendo por tal la fidelidad a los grandes afectos que eran los de la familia y unos pocos amigos. El resto, los amigos políticos, los compañeros de partido, los conocidos, entran en una categoría instrumental sujeta a la negociación, a mecanismos de favor directos o indirectos, que siempre se pueden abandonar por otra opción mejor. De profundas creencias religiosas, se definía como católico y liberal. Era en definitiva un hombre sin fisuras al margen del deber, de una pieza como su propia imagen compacta y poco grácil, sin debilidades ni vicios fuera del poder, terreno en el cual fue ambicioso como buen político, si bien en él prevalecía el «deseo de ser» a la ambición de poder.

Este rasgo que supone el mantenimiento a lo largo de su vida de una serie de constantes, no entra en conflicto con otro que hemos venido apuntando a lo largo de estas páginas, que es su contradicción entre trazos de modernidad y otros que remiten al pasado. Lo situaríamos engarzado en un tiempo más atrás que el suyo atendiendo a su concepción de la familia en muchos aspectos, al sentido de la tierra que cifra no sólo como refugio sino también como símbolo por su valor intrínseco al margen de su explotación, por ciertos elementos de conservadurismo, por algunas cuestiones de lo representativo y lo simbólico. En cambio es profundamente moderno en aspectos económicos como la búsqueda del beneficio y la capitalización de las rentas, en el conocimiento y manejo de los resortes profesionales y políticos o en su concepción de la religión. Se manifiesta en todo ello, al fin y al cabo, como un sujeto inmerso en su contexto decimonónico de burgués de nuevo cuño y liberal, sujeto a las contradicciones de un fin de siglo, que aunque se considera ya instalado en la contemporaneidad, dará un salto abismal pocos años después con la Gran Guerra que pondrá fin a muchas de la pervivencias del Antiguo Régimen.

El hábil negociador de la realidad, maneja con destreza su presente desde su pasado, pero se le escapa el futuro y la reelaboración de su recuerdo queda minusvalorada en relación al papel real que jugó. Las razones están en la superación por parte de sus epígonos, Maura y Alba, y el limitado aprovechamiento que de su imagen se pudo hacer en la II República, la Guerra Civil, el Franquismo o la Transición. Su recuperación tendrá que esperar a otro contexto más democrático, más individualista, y por qué no, más conservador, al abrigo de la biografía y de la búsqueda de modelos de lectura del yo.